

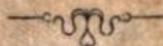
MARTÍNEZ BARRIONUEVO

EL DECÁLOGO

LOS

BIENES AJENOS

NOVELA ESPAÑOLA



FOR MA

LIBR

DE ANDRES

VERGARA

MEXICO.

~~ANT~~
XIX
162

LOS BIENES AJENOS



R. 41.659



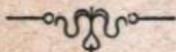
MARTÍNEZ BARRIONUEVO

EL DECÁLOGO

LOS

BIENES AJENOS

NOVELA ESPAÑOLA



BARCELONA

A. López Robert, impresor

Conde del Asalto, núm. 63

1891

ES PROPIEDAD



LOS BIENES AJENOS

I

TE juro lector de mi alma, que no sé cómo empezar la narración de las trágicas escenas á que dió motivo el odio profundo que se profesaron siempre Jacinto y Nieves, una niña que era una gloria de Dios con su cuerpecillo menudo, muy esbelto, su carilla blanca como su nombre, sus ojitos negros luminosos y relampagueantes de cólera, como se tropezaran con Jacinto y aquel

geniecillo de fiera, que constituía, aunque lo creais absurdo, el más delicioso de sus encantos.

Como no la hablasen de *Pimplin*, Nieves era una malva: no hubo niña más amable en aquellas solitarias y típicas viviendas del Albaycin, donde mi heroína nació. Su canario, era el amor de los amores de su vida: y su odio después, ó á la par de *Pimplin*, eran las ratas y los conejos. No dicen mis apuntes, como llegó Nieves á aborrecer de una manera tan profunda, á esos pobres animalillos; pero si es verdad, que su terror hacia ellos iba al par que su odio, y que enfermaba de espanto en viéndoles, aunque fuese á gran distancia.

Vivía Nieves con sus padres, en una casita muy pintoresca del Al-

baycin, con su emparrado y sus macetones de flores, que eran un primor: un alegre nido, fresco en el verano como la boca de una virgen, y confortable en invierno como el dulce calor de los amores: tenía un jardín muy bello, y á él daban las ventanillas con celosías y el campanario pequeñísimo de un convento de monjas; había un estanque en el jardín, y allí se bañaba Nieves, al declinar el día, en la época del calor, mientras los pájaros piaban y el esquiloncillo gemía la oración de la tarde. Allí, en aquella alberca también, el insigne y nunca bien alabado señor *Pimpin*,—*Pimpin*, era el apodo de Jacinto—botaba las embarcaciones que salían de su númen, porque era muy aficionado á la marina; allí el gran hombre, con

los bracillos desnudos, los pelos de punta, los tirantes colgando y medio hundido el hociquillo en el agua, de rodillas al borde del estanque, entreteníase en probar las condiciones de los barcos que componían su importante flota... como no tuviese ocasión de herir de alguna manera, á la susceptible, linda y odiosa Nieves.

Los padres de los muchachos, eran vecinos: tenían un mediano pasar. La familia de Jacinto ó de *Pimpin*, como se os antoje mejor, había heredado unas tierras en Córdoba, de bastante valor: administrábanlas con muy buen sentido para que *Pimpin* tuviera más tarde alguna cosa sobre qué caerse muerto: ambas familias, la de Nieves y la de *Pimpin*, amábanse y se distinguían

mucho, tanto como los chicos se profesaban odio mutuamente: no había un instante de tranquilidad para ninguno de los dos; habíanse declarado una guerra á muerte, sin cuartel; *Pimpin* no perdonaba medio de mortificar á Nieves, y Nieves no lo perdonaba para mortificar á *Pimpin*; estudiábanse con sumo cuidado, para contrariarse sus gustos en la ocasión primera. ¿Quién dejó escapar dos ó tres veces de la jaula, el canario de Nieves? Jacinto. ¿Quién hizo otro día pedazos aquella jaula primorosa, como un tiestecillo de claveles, que había allí, junto á la ventana, adornada como toda la casa con macetas de hojas verdegueantes? Jacinto. ¿Quién dislocó á pedradas el farol que había al pie de aquella ventanita del cuarto de

Nieves, y echó la culpa á la niña para que la riñeran? Jacinto.. Por que Jacinto—para que lo sepáis—era un tirador consumado, y donde ponía el ojo ponía la piedra, lo cual dió muchos disgustos á sus padres, que tenían que entenderse á lo mejor con los padres de los hijos descalabrados. A esa sencilla costumbre de descalabrar chiquillos, debió *Pimpin* su apodo: entre una porción de chaveillas, él sólo se las arregló siempre y salió con bien. A cada blanco que hacía, gritaba:— ¡Pim!—Hacíalos con tanta frecuencia, que los ¡pim! ¡pim! en su boca, menudearon que era una bendición; y por eso se le quedó el apodo.

Nieves, rabiaba y pateaba, y su odio crecía hasta dar susto; en cierta

ocasión, empujó á *Pimpin*, cuando el mozuelo botaba al agua solemnemente, uno de sus barcos, y le medio ahogó. Pasáronse las semanas así, y los años, y la guerra proseguía con más encarnecimiento. Al verse, se hacían mohines y se sacaban la lengua. *Pimpin* cogió cierta tarde los dos entretenimientos favoritos de Nieves, su perrillo faldero y su pelota de goma; hizo pedazos la pelota, y escondió el perro, diciendo á la dueña que lo arrojó al estanque, Nieves, no sabía qué inventar en daño de su enemigo. El perro pareció, pero untado de no sé qué materias olorosas, que hicieron prorrumpir á la niña en gritos de indignación, tapándose de camino la nariz con su manita blanca y regordeta. Aquello era horri-

ble; los padres, no podían evitarlo. La lucha crecía. Nieves, soñaba con *Pimpín*, apareciéndosele en figuras horrendas, ya de fantasma, ya de duende de algún algibe, ora de lechuza. Le dijeron que el demonio tenía cuernos como una cabrita, y piernas y pies de cabra igualmente, y no hubo ya noche que no soñara el rostro salado y picaresco de *Pimpín*, coronándose la frente con dos preciosos cuernecitos y con las piernas iguales al animal que mencioné.

Crecían los mozuelos y el mútuo odio y mala voluntad, crecía con ambos; fuéronse á estudiar y á la vuelta, ocurrió lo mismo; pero la rabia que sentía ahora el uno contra el otro, fué más grande, más terrible. La amistad imperecedera

de los padres hizo que todavía viviesen como vecinos. Miraba Nieves á Jacinto, con profundo desdén, y Jacinto á Nieves, por encima del hombro. Heríase mucho el amor propio de Nieves con que se le presentara siempre el mozo, vestido de cualquier manera, y alguna vez, de un modo no muy correcto. Dábale á ella vergüenza además de corage, y para tomar venganza del enemigo imaginó presentarse á él, desnuda completamente, para ver si así también le hería el amor propio y le avergonzaba. Bañándose una tarde en su solitario jardín y á puerta cerrada, intentó subirse á un árbol, desnuda y todo, para que Jacinto la viese, por encima de un bardal, desde su ventana. Al consultar mis apuntes, no encuentro la

corroboración de que pusiese en práctica su inocentísimo pensamiento. Por lo demás, yo creo que hubiera conseguido su propósito de confundir á Jacinto—que ya era un hombre—al verla allí, en el árbol, desnuda y hermosa como Eva, con su manto de cabellos de oro, y con sus carnes apretadillas, de rosa y nieve.

El odio de la muchacha y el espanto que sentía hacia las ratas y los conejos, no vayáis á creer que desapareció. Ocultaba cuidadosamente esta flaqueza á su enemigo; pero él la cogió al fin, y en la mesita de su cuarto, se encontró Nieves una noche de repente, una rata enorme, disecada, de pie, con unos quevedos puestos, para más burla, con sus largos bigotes y con su

apéndice de una dimensión nunca vista ni soñada por la pobre doncellita. Se desmayó de miedo, y *Pimptn*, relase como un condenado. Al volver en sí, lloró Nieves de corage: estaba hermosísima, con sus quince años, con sus lágrimas y con su furia.

Jacinto, que era estudioso, iba á ser un médico notable y abogado tambien, aunque parezca mentira; sacó sobre todo una afición muy grande á la historia natural y tenía bellísimos modelos en su cuarto de estudio. Una noche, lo encontró destrozado todo.

Aquello costó á Jacinto muy tristes lágrimas. En un papelito encontró estas frases escritas, con una preciosa letra inglesa: «He sido yo: firmado, Nieves.» A los tres días en-

contró ella en un cajón de su cómoda, un conejito negro como la endrina: estaba el conejo diabólicamente vestido de frac y corbata blanca, como sangrienta burla al deseo que siempre había Nieves manifestado, de que Jacinto se presentase ante ella vestido con más corrección.

Nieves se desmayó como cuando se encontró con la rata, y estuvo bastantes días enferma del berrinche; desde entonces, no almorzó, ni comió, ni durmió á gusto, buscando una venganza digna. Jacinto preparábase á recibirlo todo con resignación, y buscába también ansioso, algo con qué responder al golpe imprescindible que recibiría.

¡Qué recuerdos! Era una noche de primavera; el aire perfumado llega-

ba á los pulmones como una caricia; parecía impulsado por el amor blandamente con sus alas invisibles: la luna sonreíase en el cielo como una gran rosa que se entreabre: volvía el joven de la ciudad: se llenaba su cerebro de imágenes extrañas y ardientes: estuvo en una fiesta, donde vió bailar á una mujer. Al jaleo de los festejantes y á los ¡olé! estruendosos, vió saltar á la bailaora como un tigre sobre la mesa... y él buscaba en tanto en su memoria, un recurso con que mortificar nuevamente á su enemiga. Vió el arquear de los brazos de la bailaora, el mover de las caderas; vió como se doblgaba, cómo se erguía: enroscábase como una serpiente, sonreíase como un ángel y chispeaban sus pupilas como rayo

del cielo. Entró en su alma todo, cual una luz nueva, que la inundó completamente. Por los callejones sombríos del Albaycin, caminaba, pareciéndole que de sus ángulos oscuros, surgían luminosas siluetas de mujeres, que desechó de sí, en su deseo de no preocuparse de otro asunto que de hacer daño á su tirana.

La luna besaba amorosamente con su pálida luz los negros bardales de las huertas: dulces visiones erráticas parecían poblar el espacio: creyérase que la poesía y el amor se daban besos en cualquiera de los solitarios y empinadísimos callejones del Albaycin: iba poblandose la imaginación á la vista de aquellos lugares, de esas bellísimas hadas que vemos en las leyendas de las flores, y penetraban

en lo profundo del corazón como para eterna memoria, las sombras llenas de misterios, los fantásticos bentenales que traspasaban los rayos de la luna y el eco dulce de las campanas de San Cecilio que vibraban en los aires como plegarias de vírgenes y suspiros de amor.

Hallábase Jacinto hondamente preocupado: no encontraba medio alguno de humillar ó herir á Nieves. Estaba triste: tuvo una idea de pronto y la llevó á cabo. «Nieves dormiría.» Salió de su casa, saltó luego la tapia del jardín de Nieves, y se dirigió al pabellón que recordáis: pensó que allí, en el pabellón de Nieves, se inspiraría tal vez para idear alguna cosa muy grande que la hiciese mucho daño. Dirigíase pues allí: el pabellón estaba siem-

pre abierto: efectivamente... pero había luz: quiso retroceder, sin que le vieran y no pudo. Al alejarse corriendo, sintió unas pisadas menuditas y la voz de Nieves.

—¿Quién anda ahí?

Avergonzándose de que le creyeran un ladrón, contestó secamente.

—Soy yo.

—¡Ah!—dijo ella avanzando.—
¿Tramabas algo contra mí?

El mozuelo, no quería contestar. Sentía una cólera sorda que le ahogaba.

—Sí—dijo—¿por qué negarlo?
¿No haces tú lo mismo y yo te alabo el gusto?

—Es verdad; pero dime lo que ibas á hacer?

—Estaría bueno, ¿me lo dices tú á mí?

Nieves dudó un instante, mirando como con ojos de rabia á su enemigo: se aproximaron más, quedando así, en contemplación mútua como si se desafiaran con los ojos. La luna iluminaba de lleno aquellos semblantes juveniles, hermosísimos, sanos, vigorosos: ella vestía con sencillez, de blanco, y pareció al echar un paso atrás, y medio hundirse en la penumbra de la fronda, una dulce visión de luz. La silueta de él, recortábase gentil y noble. ¡Seguían mirándose! ¿Qué pasaba en el espíritu de aquellas dos criaturas, mientras se miraron de aquel modo, en silencio profundo? ¿Qué pensó ella? ¿Qué pensó él? Chispeaban las pupilas de ambos como relampaguear de muerte, de las ocultas tormentas del corazón.

¿Eran terrores? ¿Despechos? ¿Sarcasmos? ¿Iras? ¿Odios? ¿Era ambición de esterminio y saña horrible de herir, después de tanto tiempo de lucha? Yo no puedo decirlo fijamente, pero si puedo jurar, que era inconmensurable en aquel punto lo que ardía en ambos pechos. Mirábanse sin inclinar la vista, sin ceder ninguno: fué un pugilato cruel, extraño, inesplicable; ella avanzó un paso más, apretando los puños y pálida como la muerte; él avanzó otro, muy pálido también, pero queriendo probar sin duda que nada temía. La luna sonrió, enviándoles su pálida caricia; las flores sonrieron también, enviándoles su ardiente perfume: murmuró el viento dulces endechas eróticas, el esquilón de la torrecilla, elevaba al cielo him-

nos piadosos... y los dos permanecían allí, mirándose siempre, inmóviles, pálidos, como dos cadáveres que trasladó al jardín la voluntad suprema de algún genio de la noche. ¿Cuánto duró aquéllo? ¡Quién lo podría precisar! Como si los extraños cadáveres tomaran vida paulatinamente, fuéronse alzando con lentitud los brazos de los dos: se aproximaron más; alzaron los brazos más; aproximáronse aun... y se miraban. ¡Se miraban! Uniéronse los cuerpos al fin, encadenáronse los brazos fuertemente, como para una lucha de ciclopes... y se oyó al par una explosión inmensa de sollozos.

—¡Cuánto te amo, Dios mio— exclamó ella, estrechándole tiernamente contra su corazón.

—Yo me moría por tí—gimió él,
besando su frente.

—¡Me he vuelto loca de pena,
siempre que te hice algún mal.

—Y yo lloraba de corage contra
mí mismo, cuando te hacía sufrir.

—Nos desquitaremos, haciéndo-
nos dichosos ahora, toda la vida.
¿Verdad, Jacinto?

—¡Sí, Nieves de mi alma!





II

DE esta manera, mejor que de ninguna otra fué arraigándose el amor en aquellos dos corazones: todo lo que antes se estudiaron, para hacerse mal continuamente y á conciencia, sirvió ahora, para que la felicidad de comprenderse fuera más grande.

Conocíase el uno al otro también ó mejor que ellos mismos; Nieves no obstante, descomponíase en alguna ocasión; era muy nerviosa, y

¡que hombre habrá que no dispense en ciertas ocasiones á una dulce compañera, alguna que otra genialidad de que ni ella misma tal vez se haga cargo hasta después que pasól La mujer está sujeta, no lo dudeis, á los caprichos de su misma organización; sábios doctores los afirman y la experiencia lo corrobora. Jacinto amaba más á Nieves cuando tal sucedía, viéndola tan hermosa y recordando sus bondades.

¡Sí que era hermosa! Blanca como su nombre; pura, inocente aunque no fuése tonta ni quien tal vió, por que conviene advertir, que en la hembra suele confundirse la inocencia con la tontería, sin embargo de no ser lo mismo, ni mucho menos.

Como detalles de su físico, puedo

decir, que era alta y esbeltísima; todos los poetas, están á pleito siempre con la cintura de la mujer, por lo estrecha, y por lo flexible.... la cintura de Nieves, no era, nó, de las que se abarcan con las manos, pero con todo y con eso, ¡vaya una cintura! el busto era hermoso, gentil, sin salientes exageradas: viendo aquel busto, no se estremecía el hombre quizás, pero admirábase seguramente: tenía los ojos negros y el cabello castaño: pareció que el tiempo fué cambiando dulcemente el rubio espléndido de su cabellera en un castaño suave, que contrastaba siempre con la negrura de sus pupilas: dicen, y será verdad, que aquel cambio de color de sus cabellos fué debido á una larga y laboriosa conspiración del

sol y la noche, para que no fuesen negros ni dorados.

Si fué así, luciéronse ciertamente el sol y la noche: todo se redujo á que la hermosura de Nieves tomó otra faz. ¿No habeis visto esos hermosos lienzos de la escuela clásica, ó moderna, como parece que cambían de expresión cuando se dá diferente forma al marco que los encierra? lo mismo, lo mismo pasó con Nieves.

Aquel tono de su cabeza, menos vivo que el de las grandes oleadas de sol de su cabellera rubia de los catorce años, pareció dulcificar sus facciones notablemente; el contraste algo duro y original del oro y del azabache del cabello y de los ojos, se endulzó con aquella nota convencional si se quiere, que la na-

tualeza inventó, cambiándole el color de los cabellos: los labios eran gruesos, sin ser sensuales, era una boca, noble, fresca, pura, sin inquietudes, sin marejadas, sin apasionamientos: perdonad, mis lectores, no os extrañéis de que yo os hable así de la boca de una mujer; yo siempre he creído que la boca es en la mujer, una segunda personalidad, que puede sentir, pensar y hasta obrar de otro modo que la mujer misma: vais á decir que estas son originalidades ó tonterías de un escritor, que pone en sus cuartillas lo primero que á la pluma se le viene, pero no; lo que he dicho de la boca de la mujer no es una improvisación, no es una vaguedad que de pronto se me ha ocurrido; es el producto de muchas horas de

vigilia que consagré para estudiar ese tema..... y vuelvo á la boca de mi heroína.

Los dientes no eran muy menudos, pero la dentadura, sí era hermosísima: esos dientes de rata del uso particular de ciertas señoritas, nunca fueron de la devoción del ilustre *Pimpín*, á quien, por ciertas consideraciones debidas á su talento, no distinguiré más con su apodo. Era ya Jacinto un hombre de mucho valer; sabía apreciar las cosas con muy claro juicio y sacó de las largas meditaciones á que se entregó más de una vez, que no había en la tierra de ningún modo, dentadura de mujer, como la que Nieves tenía. La nariz no era fea; de los ojos ya hablé; la frente, era un cimbolo de Dios; el seno un altar, y la persona toda un ramo de flores.



III

PERO lo que había en Nieves que la hermoseaba y engrandecía como una aureola de Dios, eso no era explicable de ningún modo: no se puede definir, era un fluido, vago, dulce que la envolvía toda, atrayendo hacia ella á los demás: era más que hermosura, más que gracia, más que bondad; el único nombre que yo puedo aplicar á esto, es nobleza: la nobleza, que había en sus ojos, en sus facciones,

en sus ademanes, en su cuerpo, en su boca,—aquella famosa boca—y en toda ella en fin, y hasta en lo que hablaba siempre y hasta en la manera de hablar. Ejercía esto un influjo tan dulce, tan digno, tan hermoso, tan inconsciente por decirlo de una vez, en el alma de los demás, que se posternaban ante ella, no por el vasallaje que rinde el esclavo á su señor con sordo ruido que disimula su sonrisa de paria, si no, con la fé de quien dá su vida amoroso, por ver sonreír á la persona, por quien la vida entrega. Nieves era así. Figuraos lo que Jacinto amaría á Nieves.

Algo debo decir os ahora de él, y será muy breve lo que diga; que era un guapo mozo, que salió muy listo, que estudió mucho y aprendió

más que estudió, por ser su espíritu de los que no se satisfacen con indicaciones de los demás, sino con la nueva vida que ellos, al ser superiores, den á lo que se les muestra; estudió afanosamente medicina y fué médico famoso; le quedó tiempo aún para estudiar, y fué todavía abogado de mucho nombre. ¿Qué os parece el señor *Pimpin*? Lo extraño de todo es, que á última hora no le diera por llegar.... al *almirantazgo* de marina, por ejemplo, según podiase entrever por sus inclinaciones cuando era enemigo terrible de la ilustre y nunca bien alabada chíquilla del Albaycin. Pero nó, todo aquello de la infancia, habia desaparecido: ¿No desapareció tambien por ventura, el horror que tenia Nieves á las ratas y á los co-

nejos? Si, ¿Para que lo sepais? ¡Desapareció!

Decia pues, que Jacinto salió con mucha capacidad; pero eso no quitaba de seguro para que fuése un soñador; era demasiado lo que *el sentia*, para el siglo en que vivimos. Nieves, con aquel juicio práctico que Dios le dió, hábiale sermonado así en varias ocasiones.

—Parece mentira, hijo mio, que siendo un hombre como eres y de importancia, estés todavia tan chiquillo como cuando te conoci; no variaste en nada; las mismas son tus ilusiones que en aquellos tiempos; lo mismo piensas, lo mismo sientes, lo mismo haces.

—Mira,—exclamó Jacinto riéndose—no faltes a la verdad.

—Hombre ¡que gracioso! ¿vas á dejarme por embustera?

Así exclamó Nieves, haciendo un lindo mohín y sacándole la lengua, para recordarle aquellos días en que le exasperaba de igual modo, poniendo entre sus dientecitos blancos la puntilla de la lengua, como un hermoso botón de coral entre dos cordoncillos de nieve.

Jacinto entonces, contestó muy ufano.

—Ya lo creo que te desmentiré. ¡Cómo que si yo pensara ó hiciera como antes, te odiaría de muerte y seguiría haciéndote rabiar!

—¡No faltaba otra cosa! mira, niño, hazme el favor de no acordarte más de eso; además, que no nos odiábamos ni quien tal vió.

—¿Pues que eras entonces, hija mía?

—Que nos queríamos mucho y no sabíamos como decírnoslo,

—Casi estoy por darte la razón, mujer.

—No, pues me la tienes que dar del todo.

—Perfectamente: te la doy; y no sabes tú la alegría que queda en mi corazón al dartela.

—Ya lo creo, adúlame ahora: ¿A que vas á decirme que soy muy hermosa y que me quieres mucho?

—¡Que bonito modo de pedirme que te lo diga!

—¿Quien, yo? á mi que me importa! Anda tonto.

Y echábanse á reir, concluyendo siempre la conversación formal iniciada por ella, con una alegría, llena de encantos, llena de amor, llena de ese poder infinito que nadie resiste, si llegó á formarse con los distintos efluvios, no más, de dos corazones que se comprenden.

Pero un día, Nieves no se ablandó, y después del intermedio feliz de frases hondas de aquella ternura que los dos se profesaban, prosiguió otra vez con mucha resolución:

—Te decia todo eso, hijo, por que es necesario que pienses de otro modo; cada día te vuelves más impresionable, más exaltado; le das mucha importancia á las cosas y eso no debe ser: vas siempre con el corazón en la mano, como por ahí se dice, y está mal; el corazón debe quedársete en el pecho, para los usos regulares que la naturaleza manda, y para el otro uso divino que manda Dios, de que me quieras mucho; cualquier insignificante desdicha de un amigo, te hace verter lágrimas, no hay cosa que te digan por enorme que resul-

te, que no la creas tú como si fuéese un oráculo; das la bolsa al primero que pasa, sin acordarte que en tu hogar pueden los tuyos tener hambre, ¡Criatura... ¿Me quieres tú á mi decir de lo que te sirve ese talento entónces? No haces más que soñar, hijo mio.

—Y quererte, saltó él de pronto, cojiéndola sus manos, que llenó de besos.

—Eso es soñar también,—dijo ella muy pronto, mirándole placentera;—eso es soñar lo mismo que lo otro, y me da mucho gusto de que sueñes en esa parte, pero te digo otra cosa.

—Cual?

—Que era el único sueño que debias tener; y en lo demás, los ojos abiertos y grandes, como platos.

Así habló Nieves, con un donaire tan delicioso, que hizo estremecer de orgullo al hombre.

—Yo me corregiré—dijo—yo me corregiré, Nieves de mi alma.

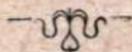
—Bueno; recuerda siempre, que me lo has prometido.

—¿Y me querrás mucho, si me corrijo.

—Y si no te corriges también, ¡malol! ¿Tú crees que yo voy á dejarte de querer por eso? Yo fuera la que necesitaria entonces que me perdonaran.

—¡Bendita seas, Nieves!

—¡Anda allá, tonto!







IV

DESPUÉS de estas últimas reflexiones echas por Nieves á Jacinto, no se habló más del asunto aquel de las fantasías del bravo mozo, porque no hubo á la verdad, causa para ello.

Hacíanse los preparativos de la boda y los dos estaban muy contentos. Ultimamente, como no se hallase bien de salud el padre de la novia, fuéronse á vivir á una propiedad que tenían en un pueblecito de

Málaga, situábase la propiedad en las afueras: era un caserón venerable, muy amado de ellos, por la memoria de antiguos señores de la familia que lo hicieron construir, para defenderse de los moros: á este caserón, llamábanle *el castillo*, y más tenía de castillo que de casa.

Pasábase Jacinto gran parte del tiempo junto á su novia, y no os extrañará que así lo hiciese; á mi tampoco me extraña, y lo que hago es compadecer con todo mi corazón á quien no pueda hacer lo que Jacinto hacía: aproximábase el día de la boda y faltarían ya dos semanas solamente. El viejo se restableció y quiso volver á Granada: Nieves habíale tomado gran amor al castillo y á la solitaria y hermosa campiña que le ro-

deaba, y suplicó á su padre que continuara allí. A Jacinto, no desagradó de ninguna manera aquel deseo de Nieves. Mas que ella aún, amaba él aquellos hermosos lugares.

El pueblo distinguíase sobre un monte, alegre, pintoresco, blanco, lleno de luz y no como aquellos destartalados vejestorios grises y negros de las aldeas de Castilla: sobre otro monte, á gran distancia y más elevado aún, hallábase el castillo, como una sombría mancha oscura, y allá, en el fondo, el antiguo monasterio casi derruido, con sus ojivas sin cristales, sus muros amenazando caer, su iglesia de altares rotos, su torre, con los huecos de las campanas, vacíos, y allá, más á lo hondo, el cementerio, ornamen-

tado de rosas, y las viejas criptas abandonadas. ¡Qué dulzura! ¡qué poesía! ¡Cuántas veces, se embelesó Jacinto, olvidándose de la tierra y del cielo, allí, al caer de la tarde, ó en la noche estival, cuando empezaba á sonreír la luna.¡ Figuraos, si se alegraría doblemente por esta causa, de que hubiera Nieves tenido aquel deseo.

Un día recibió Jacinto una carta de Madrid. El contenido de la carta debió preocuparle mucho, porque Nieves, le encontró una cosa extraña que no se podía explicar; á los cuatro días recibió otra, y la preocupación de Jacinto fué más grande: Nieves le observaba con gran inquietud: esperó, á ver si Jacinto le hablaba del asunto, pero él, mantúvose callado.

—¿Qué será, Dios mío?—preguntábase ella—¿Qué será!

Esperó aún, á ver si Jacinto, volvía á su serena jovialidad de siempre, pero no sucedió así; al contrario; ya no fué preocupación la del hombre, fué taciturnidad.

Nieves lloró mucho primero, y se impacientó después; se creyó muy desgraciada, y como en esta época recibiera Jacinto una tercera epístola, no aguantó ella más y le dijo una tarde.

—Mira Jacinto, tu me estás haciendo mucho sufrir.

—¿Que yo te hago sufrir, hija mía? Quiero morirme antes.

—Sí, tu querrás morirme y todo, antes de hacerme sufrir, pero no te mueres y yo sufro.

Había que ver á Nieves cuando

esto decía: era aquella deliciosa muchacha, enemiga terrible, del odiado señor Pimpin.

Aunque Jacinto no parecía predispuesto ciertamente, para la alegría, sonrió al verla, con toda su alma.

—Ya te he dicho, exclamó Nieves, que me haces sufrir.

—Vamos á ver ¿por qué?

—Porque me parece que sufres tu, prorrumpió ella, no pudiendo resistir y echándose á llorar.

—Alma mía, ¡qué hermosa y que buena eres!, exclamó él, estrechando sus manos, profundamente conmovido.

—Dime por Dios, que cartas son esas: dímelo.

A esta invocación de Nieves, el rostro sereno de Jacinto, se contur-

vó; parecía que todo el inundábase de una tristeza, que en raudal inmenso le brotaba del corazón.

—¿Lo ves? ¿Lo ves?—dijo Nieves.

—¿Lo ves tú como yo tengo razón en asustarme de esos papelotes y en odiarlos?

—Pues bien, Nieves, te lo voy á decir.

—¡Habla, sí habla!







V

MIRA, Nieves; no vayas á pensar que mi silencio fué porque yo tengo algo que ocultarte.

—¿Quién habla de eso, hijo mio? ¿No faltaba más? Ya podrías tu engañarme impunemente, porque mi fe en tí es ciega.

—Por eso, porque tienes fé, yo te amo tanto y no te engañaré nunca.

—Bueno, todo está muy bien, pero ¿quieres tu apostar á que este

preludio que estás haciendo, es por que no te atreves á decir lo otro y no sabes como principiarlo?

—¡Que bien me conoces, Nieves!

—¡Claro, como que sino te conociera, no te querría! Una cosa muy mala ha de ser, cuando tanto titubeas.

—Yo no se si es mala ó buena, exclamó de pronto Jacinto, con gran resolución, pero mañana marcharé á Madrid.

—¡Cómo á Madrid! ¿estás en tu jnicio?

—Perdóname, Nieves, ¡Ojalá no lo estuviera, porque esto que hay en mi alma, es ya demasiado grande.

—¡Oh Jacinto, qué crúel eres! acaba de una vez, que tu incerti-

dumbre de no hablar por no hacerme daño, me estás consumiendo.

—Nieves ¿te acuerdas de Andrés Bustamente?

—Sí, que me acuerdo: un amigo tuyo, que estudió medicina en Granada, muy honrado, algo mayor que tu, y que nos inspiró simpatía; heredó una gran fortuna y andaba pleiteando con unos parientes.

—Pues bien, Bustamente fué quien me escribió esas tres cartas: lo mismo me dice en todas.

—¿Y que te dice?—preguntó ella, temblando.

—Que vaya si quiero salvarle de la ruina; que solo cuenta conmigo.

—¿No lo dije yo? gritó Nieves, en uno de sus arranques de niña voluntariosa—ya pareció aquello: ya está aquí el redentor de la humani-

dad. ¡Oh, que fastidioso es que solo dependas de los demás y nunca de los tuyos.

—No, Nieves de mi alma, no digas eso: no seas injusta.

—Es que tengo razón: es que siempre sucedió lo mismo; nécia fuí de verdad, figurándome que nuestras últimas conversaciones pudieron hacerte alguna impresión.

—Es un amigo: es un hermano casi: tendré un remordimiento muy grande toda la vida, sino acudo cuando me llama: dice que le salvaré.

—¿Y le salvarás acaso, con que lo diga solamente? preguntó la niña, angustiada y temblando de dolor.

—Jacinto, no me martirices.

—Oye, Nieves; fijate bien en lo que te voy á decir, y no me hagas

daño con la creencia solo de que yo fuese capaz de darte el menor disgusto: yo no puedo decirte si le salvaré, probablemente no; pero ¿qué importa? El cree que sí. ¿No basta eso? Si pierde su fortuna, por lo menos, no tendrá que lamentar el desengaño que mi conducta le dé.

—¡Oh, que bien lo arreglas!

—Nieves, acuérdate del mandamiento.

—Pero hombre, si eso no vá contigo; eso, porque supongo que aludes á la codicia de los bienes del prójimo, vá en todo caso, con los que quieran arrebatár á tu amigo la fortuna.

—Es que yo lo consentiré, sino le ayudo á salvarle, y he de pecar con esto lo mismo que los otros.

—No, hijo mio: fuera bueno lo

que dices, no habiendo en el mundo más abogado que tú.

Jacinto movió la cabeza con desaliento: cogió las manos de Nieves y las acarició con dulzura.

—Mira, le dijo; tú me amas ¿Es verdad?

—Sí, te amo; te quiero y sufro mucho. ¿Qué me importaría de lo contrario, que te fueses ó no?

Jacinto, se conmovió, como nunca lo estuvo delante de Nieves: la vió llorar, y aquellas lágrimas cayeron sobre su corazón, ahogándole. Estaban de pie, junto al ancho barandal de una vieja galería del castillo: nada oíase en lo interior de la gran mole: iba oscureciendo, y un céfiro amoroso filtrábase por entre el calado de las yedras que subían desde el qarandal hasta el alero del tejado.

Aquel aire, introduciéndose en los pulmones y en el corazón de Jacinto, le pareció una dulce caricia de Nieves.

Se aproximó á ella más y estrechó contra su pecho las manos de la mujer amada: la contempló á la vez, con dulce sonrisa y ella temblando, sonrió á través de sus lágrimas.

—Nieves, Nieves de mi alma, por este amor bendito que nos profesamos, te ruego que me permitas ir, ¡mira ese cielo, que hermoso es; mira ese campo, tranquilo, lleno de majestades; hay algo en todo eso, Nieves de mi alma, que habla á mi corazón y me dice que sufriré mucho, sino voy: más que por el orgullo de mantener una causa difícil que acredite mi nombre; más que por la

alegría de mi corazón, al hacer un bien á un semejante, porque tendría siempre después sino lo hiciese, una inquietud que nada, ni tu amor mismo podría arrancar del fondo de mi pecho. ¡Yo sería desgraciado, Nieves de mi vida, por haber acudido alguien una vez á mi conciencia, y porque mi conciencia no respondió.

—Pues bien, parte, exclamó Nieves con energía, pero no será sin que yo te explique también lo que en mi corazón dejas.

—Oh, ¡Nieves!

—No, si quiero que me oigas! ¿no te oí yo? ¿No consiento en que tu te vayas? pues óyeme tú: hombres habrá en Madrid, donde tu amigo vive, que serán amigos suyos también y que podrán defenderle, como tu lo harás.

—Yo no voy á defenderle; yo me informaré con cuidado del negocio, le aconsejaré con el mayor juicio que pueda y me vendré contigo inmediatamente.

—Para mi es igual que le defieras ó que le aconsejes; yo, lo que veo es, que te marchas y el motivo que te guia: me recordaste un precepto y yo lo saco también á relucir ahora: no es la codicia del bien ageno, lo que te mueve, es verdad: la intención por el contrario, es muy noble, pero vuelvo á lo mismo; allí hay unos bienes que no son tuyos; aquí hay un bien, que es el más grande de tu vida, porque soy yo: no por codicia,—ni aún esa triste defensa podrías tener—sino por salvar aquellos bienes paradarlos á otro, abandonas el único y el más

grande bien de tu alma, dejándome aquí, triste, sola, sufriendo; verdad es que tus padres viniéronse á vivir con el mio; pero, ¿Qué ayuda, qué favor pueden prestarme esos viejecitos? Adios! véte á lo que tu corazón te manda: no le hace que dejes aquí padeciendo el corazón de los demás: lloraré mientras no vuelvas, sufrirán tus padres, si enfermáran ó enfermára yo, tú mejor que nadie podrías salvar entonces, á tu bien único, tu bien querido, al bien de tu alma y de tu vida, pero te sería imposible porque estarás salvando el bien ageno.





VI

JACINTO había bajado la frente: declinó más la tarde: hizose de noche: allá en la altura, resplandecía un lucero: divisábalo Jacinto entre las yedras como una afable sonrisa de amor. Levantó los ojos de pronto y contempló á Nieves con ansiedad infinita: ella no le vió: ella contemplaba también el lucero que estuvo Jacinto mirando.

Quedó él con gran emoción fijo en aquellas suaves y hermosísi-

mas facciones; tenían en aquel punto una transparencia infinita, una suavidad, un encanto que hizo caer al hombre en éxtasis. Ella seguía mirando el lucero.

¿Cómo podía Jacinto distinguirla tan perfectamente, siendo ya de noche? Estaban muy próximos: algo parecía brotar de la misma Nieves, que la daba luz para que Jacinto la contemplase: algo también ayudaba, la luz imperceptible casi de la estrella, que parecía reverberar tenuemente en el pálido y terso rostro de la mujer, filtrándose como una bendición de Dios, por entre los calados de las yedras.

—¡Oh, esposa de mi alma! exclamó Jacinto, sin poderse contener. ¡Qué hermosa eres!

—Esposa no; no soy tu esposa todavía, Jacinto.

Así dijo ella, mirándole con profundo amor:

—Sí, lo eres: Dios lo sabe: Dios lo ve: Dios lo bendice: ¿Qué importan los hombres, si Dios está dentro de nosotros mismos?

Nieves suspiró. Jacinto se aproximó más y rodeó su cuello, con un brazo: ella inclinó la cabeza sobre un hombro de Jacinto, como tallo dulce de flor que se dobla.

—¿Me quieres? —preguntó.

—¡Sí! —Nieves temblaba.

—Mira, mira allá á lo alto; ¿ves aquel Incero?

—Sí, —contestó ella otra vez, suspirando.

—El te ilumina ahora Nieves, el dá en tu cara, arrancándole destellos suaves: aquí donde él te besó, quiero besarte yo; ¡qué hermosa está tu

frente bajo la luz indecisa de las estrellas! Tu frente; tu frente quiero yo besar.

—Sí, Jacinto; si yo soy toda tuya, ¿cómo mi frente no lo ha de ser? Besa.

Puso la frente para que Jacinto la besara.

La besó Jacinto y ella, entonces, se irguió, exclamando después con energía:

—Mañana mismo partirás. perdóname, Jacinto de mi alma; fui una loca: es porque te quiero mucho; es porque se me angustió el alma pensando que te vas de mí cuando íbamos á unirnos para siempre: no le hace; ya tengo valor; me lo ha dado la luz de ese lucero. ¡La estrella de la tarde! estaremos lejos, pero tú vendrás pronto; yo no sé; otras ve-

ces, también nos hemos separado, pero no lo sentí como ahora: te lo dije, no obstante, tengo valor: me lo da esa luz, dulce, fija, pálida, misteriosa, como el amor mismo, y como la grandeza de lo creado. Cuando salga, le verás tú también; le veremos los dos; á los dos nos enviará su luz, sus caricias plácidas como una bendición del cielo: él será tu Angel custodio, y será el mío también: á él le contaré yo mis afanes; cuéntaselos tú lo mismo: él me animará, representando para mí la justicia y la inmensidad de Dios Te quiero después tranquilo, para que vivas con mi amor solamente; no quiero para mi alma la pena de tus inquietudes para lo porvenir: vete, ¡pero ámame mucho!

Se echó á llorar: Jacinto la abrazó,

llorando también y partió al otro día.

Nieves había tenido que acceder al fin, no sólo porque era gusto de Jacinto, sino porque dentro de su alma, sintió ella siempre lo mismo que el sentía.





VII

PERO ¡qué amargas horas! ¡qué solitarias noches pasó en aquel caserón destartalado; en aquellos tristes salones, que se alegraban antes con su risa y con la tranquila y dulce jovialidad del hombre querido! Escribíale diariamente: él la escribía también con igual frecuencia: eran dulces las cartas de ambos, nobles: veíase en ellas el corazón de los dos.

«Jacinto—decíale Nieves en algu-

nos párrafos—estoy muy triste; ven pronto; casi puedo jurar que me arrepentí de haber consentido en tu marcha; te cumplo, sin embargo, la promesa; soy valiente; me resigno. ¡Yo te amo! cuando la noche se aproxima, en la galería que tanto recordarás, espero tristemente, á que la estrella salga; sale ¡qué hermosa es! Me sonrío; es tu saludo; lloro de cariño; le envío un beso para que al mismo tiempo que me mira, te lo dé á tí, mirándote del mismo modo. Allí, junto al barandal, me quedo silenciosa; el lucero va marchándose, y mis consoladoras esperanzas con él. Se pierde detrás de la torrecilla del convento; le miro otra vez, un instante por el huequecito vacío de la campana, y se hunde al fin en la oscu-

ridad, quedándose mis ojos, sin la luz de mi vida, porque ese lucero me parece tu espíritu, que me contempla».

«Salgo algunas tardes á recorrer los alrededores. Antonia me acompaña; ¡pobre vieja! Me vió nacer; la quiero mucho; hace Antonia todo lo que puede por consolar mi cuita; yo sonrío, porque ella no llora. Tus padres no quieren salir; el mío tampoco; yo me encierro, cuando nadie me vé, á besar tus cartas; á llorar mucho; á desahogarme de mi dolor; á morir de pena, porque no te tengo á mi lado. ¡Morir de pena! Dios mío! pero ¿por qué será este dolor tan grande que me agobia? ¿No hemos estado distantes muchas veces, el uno del otro? No sé lo que me pasa; ¿es un presentimiento? ¡Dios quiera que nó!»!

«Me gusta visitar los sitios que á ti más te agradaban. Antonia se fatiga mucho, viniendo tras de mi; la ayudo alguna vez, ó me siento para que descanse, allá en los peñascos que rodean las criptas; aquellos peñascos, que se me antojan sepulcros rotos; y yo, una sombra desolada en pos del espíritu mío, que flota en pena de tumba en tumba, como en las acacias de enfrente y en los naranjales, las dulcesavecillas van como ilusiones, de rama en rama. ¡Qué triste fué la comparación y qué distintos se me figuran ahora, el ruiseñor que canta, del espíritu en pena que gime! ¡Ven pronto Jacinto! ¡tú Nieves te lo ruega!»

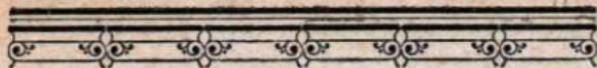
Así eran por lo general las cartas de Nieves; él escribía también, enamorado, conmovido, lleno el cora-

zón de honda ternura, y ofreciéndola volver muy pronto. ¡Pobre Jacinto! Quería volver, pero el asunto que le alejó de Nieves, complicábase; puesto ya á la lucha, le impedía su caballerosidad volver la espalda; tiénese de este modo, que engañó á la triste Nieves más de una vez, sin él quererlo; cuando prometió ir, lo prometió siempre de verdad, seguro de que podría cumplirlo, pero surgiendo de pronto una impensada complicación cualquiera, encontrábase atado de pies y manos, por el yugo de honor que él mismo se había impuesto.

Nieves, era nerviosa, exasperábase, lloraba, y decía que nació con muy poca fortuna; lo que la tenía á mal traer con todos, era la ausencia de Jacinto; pero no

se lo explicó á nadie jamás, ni ella misma lo llegó á saber tampoco; sufría por una futilidad cualquiera; lloraba por lo mismo; empezó á extrañarla la servidumbre, porque ella, tan amable, tan jovial siempre, tan bondadosa para todos, parecía irascible ya, brusca y hasta agresiva alguna vez.





VIII

No sabía Jacinto qué rarezas empezó tambien á notar en las cartas de Nieves: halló al principio unos arrebatos de pasión que nunca vió en su prometida. No es que Nieves fuera insensible, ni mucho menos; no es que fuera un temperamento frío, que no se inundara jamás de ese dulce oleage de fuego con que el amor alguna vez martiriza en lánguido suplicio la sangre del humano: era que Nieves, sentía de una manera igual,

grande, dulce, sin exacerbaciones, sin violencias, sin luchas; era el suyo un amor tranquilo, y más grande por eso. Nunca quitó á Nieves su amor, la clara idea ni el maduro juicio, como suele ocurrir á la generalidad de los amantes de una y otra condición: quizás Jacinto alguna vez sufriera hondamente, al pasarle por el cerebro una ráfaga loca, de que aquella amable temperancia de Nieves obedecía al poco amor que le tuviera: de seguro alguna vez se lo dijo, y ella contestó con una sonrisa serena, que quería decir más que todas las grandes pláticas, como protestas de amor, á que una mujer sea susceptible.

—No pienses nunca que yo no te quiero,—le dijo ella en una ocasión.
—¿Lo oyes? No lo pienses, porque

sería para mí el mayor de los suplicios: déjame así: ¡yo te amo como ninguna mujer en el mundo podría amar á un hombre! podrá ser mi amor poco expresivo: puede que se oculte para ser más grande en lo último de mi corazón, ¡y quien sabrá en resumen, si del amor que yo te profeso, tú mismo has podido entrever un átomo solamente! Déjame; no seas loco.—Siempre fué así: las grandes marejadas del amor de Nieves, eran como aquello que ocurrió en la galería del castillo, la noche antes de partir su novio: deliquio fué aquél, aunque vosotros no le halleis nada de particular, que en Nieves quería decir mucho y en el cual Jacinto, vió una prueba de amor grandísima. Ved, y en cambio, por cualquier detalle ínfimo de la vida, por

una nimiedad, por una tontería, no era extraño que Nieves se arrebatase.—¡Ay!—pensaba Jacinto;—¿por qué se conmueve y se anima, y muestra alguna vez que tiene sangre en el cuerpo y jamás en nuestro amor encuentro yo una borrasca de esas!—Pero no le decía nada: ya sabía él que Nieves era así para su amor; serena, noble, fría quizás, pero grande, profunda, inmensa, en un detalle, que las circunstancias de la vida trajesen á cuento. Figuraos con estas cosas que os dije, lo que extrañaría Jacinto encontrar en las cartas de Nieves, aquello que nunca había visto en la mujer, aunque tan de verdad la conocía. Reflexionó mucho para resolver un problema patológico, que en Nieves se le presentaba: él conocía su tempèramen-

to. ¿Qué no habría podido saber de la organización de Nieves, conociéndola desde niño, habiéndola estudiado como hombre, amándola con adoración, y siendo médico? conocía digola organización de Nieves, como si alentara la vida de él, en la musculatura misma de ella, en la última fibra, en el último glóbulo, en la última célula. Recordaba con amor el rostro pálido de Nieves, y cerraba los ojos como para impresionarse más de aquella suave, de aquella dulce coloración del rostro: en la mujer predomina la linfa, á eso obedece en primer término el contorno, la tersura, la diafanidad de su carne, pero en Nieves, no era la linfa batalladora terrible contra la sangre, como en la generalidad de los tem-

peramentos femeniles ocurre; no, era la linfa auxiliar divino de su salud y de su hermosura: la linfa, con estar dentro de su sangre y todo, habíala equilibrado Dios tan sabiamente, que no interrumpía la dulce y laboriosa fusión de la sangre: allí no eran la sangre y la linfa enemigos irreconciliables, que se muerden y se destrozan: eran amantes voluptuosos que se abrazan y que se besan. Por eso el rostro de Nieves era pálido, pero de una palidez hermosa, coloreada de un modo casi imperceptible, como si viérais reverberar un vago y misterioso destello de luz roja, á través de finísima placa de alabastro: todas las fusiones del organismo de Nieves, eran de una regularidad maravillosa, y por eso mismo Jacinto leyó una vez

y mil aquellas cartas, en que le pareció encontrar cierto desorden, no ya de ideas, sino de sentimientos, ora dulces y levantados hasta la exageración, ya amargos, con violencias y exacerbaciones; sufrió al principio hondamente, por figurársele que no era amado como debía serlo, y hasta que el corazón de Nieves no era tan grande ni tan hermoso, como él creyó toda su vida. Pero analizando una vez y otra aquella conducta de la noble mujer, en su afán en hallarle escusa por el mucho amor que le tenía, palideció cierta vez, ahogando á la par esta exclamación de angustia.

—Nieves está enferma.







IX

LA seguridad de lo que Jacinto había sospechado, la tuvo después: en efecto; Nieves enfermó por lo mismo que Jacinto pensaba: la linfa se puso de moños, y declaró á la sangre guerra.

Quiso la fortuna que en aquel mismo día se presentara á Jacinto el compañero amado de estudios, abrazándole estrechamente con gran alegría y muchas espresiones de gratitud. La parte contraria, en

aquel pleito que se entabló para que recuperase su fortuna el compañero de Jacinto, se dió por vencida, gracias á los grandes resortes que la imaginación clara que el novio de Nieves pudo encontrar: el asunto estaba terminado. Jacinto correspondió á estas afectuosas demostraciones con un silencio muy triste: «el amigo recuperó su fortuna gracias á él, y ahora no podía estar él junto á la enferma, el bien bendito y único de su alma, para poderla rescatar de la muerte!»

Se metió en el tren aquel mismo día, y lo que sigue ahora, os juro que ya no es de mi cosecha; no soy yo el que escribe, cópio lo que Jacinto escribió, contando la honda tragedia de su alma desde el

punto mismo en que salió de Madrid. Leed, y sabreis lo más interesante de la historia; pero si os resulta triste, no me echeis la culpa.







X

EL tren avanza. ¡Qué tarde más triste! ¡Qué tarde más fría! El aire da en mi rostro. La noche va á empezar. El cielo se oscurece. Solitaria está la campiña é inúndase con un suave y dulce reflejo. Es el reflejo de la luz que aun lucha con la sombra. Aun se distinguen vagamente los objetos, así como en lo más profundo, en lo más recóndito de mi corazón cansado y dolorido, siento que las esperanzas

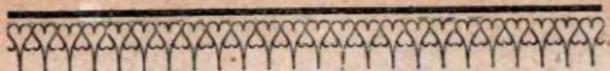
se confunden con las dudas. ¡Qué bueno es vivir, Dios omnipotente, cuando se vive para algo! No, Dios mío! Tú bien lo sabes: yo no vivo para nada. Es decir, sí: vivo! vivo para morir, desde que pienso que puede morir Nieves.

Lejanas eras donde las mieses se amontonan como inmensas pirámides de oro, vetustos arcos, herrumbres de puentes, caseríos negruzcos, lejanos horizontes que se pueblan de fantasmas, unos fantasmas extraños, inverosímiles, sobrenaturales, muy parecidos á estos que se levantan dentro de mí para conmovirme y herirme y hacer de mi cerebro gran hoguera en cuyos fuegos gigantes bullen esas salamandras que nunca mueren; montes, vallados, colinas, túneles como féretros

espantosos donde la humanidad, de una vez para siempre, figura que va á hundirse: todo, todo se queda atrás; el torbellino me lleva léjos.... ¡Oh, qué léjos, madre de mi alma! Sólo contemplo delante de mis ojos, siempre constante, como una nota triste, el poste telegráfico, cuyos alambres parecen rayas del destino, recortándose vigorosas y sutiles en la diafanidad maravillosa de los cielos!







XI

QH, rayas de mi destino! ¿qué augurais? ¿Será feliz? ¿Será adverso? No lo sé, no lo sabe nadie: Dios nada más, y Dios no me lo dice. ¡Ay! ¡Quién pudiera descorrer los impalpables velos del porvenir, rasgándolos de repente, como el hombre mancillado rasgaría de una puñalada el corazón de la mujer infame! ¡Ay! Quién pudiera descifrar, allá en el fondo, en lo último, el gran misterio de la eterna ver-

dad! Es imposible, no lo sabré: ¿cómo puede alumbrarnos la luz que no se ha hecho todavía?

¡Pero no, Dios mío! ¡Qué dije! Se hace, se hace la luz. Veo lo porvenir. El augur está hablando. ¡Yo le oigo! ¡Yo le miro! Entre las rayas negras del hilo telegráfico, que se recortan en el cielo vigorosas y sutiles; entre esas rayas negras, radiante y divinal como la mujer amada, nuncio de amores, tranquilo como ella es, hermoso como ella, con la dulce, con la bendita, con la serena luz que arde en sus ojos, aparece el lucero. Es la estrella de la tarde; es la diosa divina de las flores; la primera que nos sonríe; la que su luz filtró tantas noches por entre las yedras de la galería, para hablar á Nieves de



amor y darla besos y coronar su frente de aureolas, mientras las otras estrellas, sus hermanas, aparecen allá, melancólicas y dulces, como lágrimas de los ángeles.

Habló el augur. ¡Benditas seáis, esperanzas mías! Ya gozo! No, no es que sufro de otra manera. Acaso, el placer infinito, el inmenso, el que no reconoce límites, ¿no duele en el alma lo mismo que el dolor más grande?







XII

LLEGUÉ, y habían pasado veinticuatro horas desde que el augur venturoso habló. Otra vez declinaba la tarde; otra vez se oscurecía el horizonte y se llenaba de fantasmas. Yo dejé el tren y subí, subí por la vertiente donde da comienzo la senda empinadísima que conduce al castillo, aquel viejo titán de las edades, aquella osamenta de la arquitectura, restaurado y rejuvenecido por los alarifes de hoy, pero

antiguo siempre, derruyéndose, de lienzos de muralla negros, y de torreones desvencijados aunque exteriormente simulen otra cosa. Todo, todo parece allí á propósito para que forme contraste con la juventud de Nieves, con la hermosura, con la exuberancia de vida, con la dulce y eterna infancia que parece su mejor ornamento. ¡Oh Nieves! ¡Qué hermosa es! ¡Iba á verla otra vez! Me decían que no cambió nada en su físico. Del alma ya se yo que no cambió: eso no es necesario que me lo diga nadie. Su cara, su cuerpo, sus manos, su busto y su cabeza, pero sobre todo eso, su frente.... su frente dicen que es la misma.

Allá, distinguíanse como gigantes

negros, las viejas torres, y mi corazón latía con fuerza; mis ojos se llenaban de lágrimas. ¡Iba á verla otra vez! ¡Me esperaba enferma, y llorando también de inquietudes y amor! Besaría yo sus labios, frescos antes, como rosas encendidas que acabaran de coger, llenas de rocío. Iba yo á mirarme en aquellos ojos negros y profundos con los misterios y dulzuras de sacrificios que mi alma presiente sin que los defina. Pero no, no la ví: no me miré en sus ojos, no besé sus labios. Salió á encontrarme una mujer y se interpuso en mi camino.

—Espere, señor espere, que soy yo, que soy Antonia.

Yo me detuve y la reconocí; era Antonia, la vieja nodriza de Nieves. Creí que el corazón se me iba á

romper. Me dijo que estaba Nieves muy contenta, que era muy feliz en aquel momento. ¿Acaso no lo sabía yo? ¿No tenía sus cartas? Y, aunque no tuviera sus cartas tampoco, ¿qué necesidad tenía yo de que nadie me dijera lo que Nieves me ama? Yo lo sé! yo lo sé: yo estoy seguro de ello.

—Voy, voy á verla,—decía yo, pálido de gozo y con las manos cruzadas.

Y Antonia, la nodriza:

—No: espere, señor, espere. Estoy yo aquí, que me ha mandado ella para dar á usted una carta.

¿Una carta para mí, de Nieves? Me decía en la carta que no entrase en el castillo, que podíamos vernos en aquel punto, pero saliendo ella á una de las ventanas de abajo ¡Cómo se nubló el cielo de repentel

¡Cómo se llenó el campo de nieblas! ¡Oh, fantasmas míos! Ya empezáis á arder en mi cerebro. Esperaos, esperaos: no salgáis de ese modo, que podéis hacerle saltar.

—¿Qué era aquello? ¿Qué ocurría?—preguntábale yo á Antonia. Y no hacía otra cosa que encogerse de hombros, sin contestarme. ¿Qué era aquéllo? ¿Por qué no podía yo entrar en casa de Nieves?

—Anda, anda,—decía yo á Antonia. Y tiraba de ella... y ella no podía.—Anda, anda más.—Llegamos, y me enseñó la ventana donde Nieves estaría aguardándome.







XIII

NIEVES! ¡Nieves!—decía yo al aproximarme. — ¡Nieves!— Toda la sangre mía pareció que se me puso de pronto en la garganta. Yo no pude decir otra cosa y cogí sus manos. Yo me ahogaba y la sentía llorar en silencio.

—¿Por qué lloras, Nieves? ¿Por qué lloras?—La pregunté yo eso y lloraba al preguntárselo.

—De alegría porque estás á mi lado,—contestó. —Pero tú lloras también.

—Yo no sé de lo que lloro. Mira, cuéntame eso, cuéntamelo: ¿por qué no has querido que entre en tu casa?

—¡No quereryo eso! ¡Qué sería de mí entonces! Pero ¡qué cosas dices! ¡Oh, que oscuro está! no te veo!

—Habla, habla: ¿por qué me dices en tu carta que no entre?

—Pero ¡qué ¿No te lo dijo Antonia?

—No me lo dijo: habla. ¿Consiste en tu padre acaso? ¿No me ama ya? ¿Y mis padres? ¡aún no los he visto!

—¡Oh, no, Jacinto de mi alma! Te quiere mucho. Pero, sin embargo, yo no sé lo que le ocurre: anda inquieto. Al oír tu nombre se irrita, porque piensa que, al unirnos nosotros, ya no estará yo á su lado: tiene celos de ti. No sabe que has

venido, y yo quise prepararle antes. ¡Perdónale, Augusto! ¡Pobre viejo! ¡Perdónale! ¡Tus padres irán á verte; yo les diré que has venido! —Y Nieves se echó á llorar otra vez.

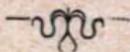
—Y ¿estaré mucho tiempo sin ver á tu padre?

—No: cuatro ó cinco días nada más. ¡Perdónale, Jacinto! ¿Sí? El te ama: yo te lo juro por el cariño nuestro. ¿Me quieres tú? ¿Me quieres?

—¡Yo me muero por tí, Nieves de mi alma!

—¿Le perdonas?

¡Cómo no había de perdonarle!...







XIV

LA voz de Nieves, al hablar, era una dulce melodía de amor, arrancada de no sé qué cuerdas. Allá, en lo alto, vi de pronto el lucero, la estrella divina de la tarde, el augur venturoso... y sonreí: ¿no era aquel lucero el símbolo de mi felicidad?

—Tus manos arden,—dije entonces á Nieves.

—Sí: de calentura, de impaciencia que tenía de que estuvieses á mi lado.

—¡Ay! ¡Pero no nos vemos, Nieves! Aquel rostro tuyo, blanco, de suaves tintas de rosa, parece velado para mí por una inmensa cortina negra. Te me finjo, como entonces, gallarda, con majestades: la silueta de tu cuerpo era luminosa, como si se rodeara de un brillante círculo de estrellas. ¡Bendito sea tu amor! ¡Yo te soñé antes de conocerte, y Dios quiso realizar mi sueño! Venía yo en el tren ahora, después de mi larga ausencia, y se me ennegreció el alma: yo no sé qué malos espectros me conturbaron; y, hablando con ese Dios infinito que nos protege y nos ama, yo le dije: «—Yo, Dios mío, no vivo para nada: yo sólo vivo para morir.»

Nieves, gimió, y yo, con mi acen-

to más dulce, salido de lo más profundo de mi corazón, seguía hablándole:

—No llores, porque me parecerá de ese modo que es cierto lo que yo á Dios le dije. Yo viviré, yo viviré para la felicidad; pero ¡ay, Nieves! ¡no te veo! Sólo tengo de tí ese perfume que tú emanas y que yo tanto conozco, estas manos ardientes que en las mías estrecho, y esta luz de tus ojos que chispea en la oscuridad...

Estremecíase ella de amor, de alegría. Me lo dijo y yo lo creí: ¿acaso no brillaba en el cielo, intensa y pura como jamás la ví, la estrella que protegía nuestros amores? ¡Lucero de la tarde, augur bendito: mi alma te saluda! ¡Cuando tú sales, las rosas tienen otros perfumes,

los céfiros otras armonías, el campo
otras bellezas! ¡Tú estás ahí como
guardián custodio de nuestro amor,
mientras las otras estrellas, tus her-
manas, aparecen allá, melancólicas
y dulces como lágrimas de los án-
geles!





XV

ESTA noche he hablado también con Nieves. Le arranqué la promesa de que mañana me avisará para que vaya á ver á su padre. ¡La veré también! Consumíame la impaciencia, y era de día aún cuando me detuve á los pies de los quebrantados muros del castillo. ¡Qué tonos tan extraños de luz encontré á aquella vetusta mole! No se qué impresión causó su vista en mi alma. Había algo, dentro de mí, de aque-

llos personajes de los cuentos fantásticos de Hoffman y de las baladas de Ossian. Parecíame el castillo, levantado allí por genios misteriosos que infundían temor, suspendiendo á la par el ánimo por la sorpresa de su vista.

En esta contemplación hallábame, y se abrió la ventana. Entonces fué cuando hablé con Nieves y le arranqué el consentimiento de ir de día al castillo. Pareció contenta, pero creí adivinar un amargor muy grande en sus palabras. ¡Cóma ardían sus manos! ¡Cómo chispeaban sus ojos! Brilló un relámpago súbitamente, y á su luz vi sus facciones, que me parecieron de una muerta; vi su sonrisa, que me pareció de una santa; vi sus ojos de mirada infinita, que me parecieron de una már-

tir: y es que la hermosura sobrenatural de Nieves, tomó en aquel punto con la luz extrañísima un tono fantástico, fuera de toda ilusión humana, que hacía estremecer.

Tuvo Nieves un extraño capricho, y me cantó una balada que yo le compuse hacía ya muchos años: llenábanse los horizontes de llamas, ardía el rayo cruzando las esferas, rugía el trueno haciendo estremecer las cavidades de los montes, y Nieves, como á compás de aquella gran sinfonía de Dios, cantaba con dulzura y en mi oído casi:







XVI

I

¡Lágrimas del corazón! ¡Dulces que-
rella! ¡Soles que en Oriente asomáis
como plegarias de amor escritas en el
cielo por misteriosas virgenes!

II

¡Iluminad, iluminad el caos que en-
gendra en mi alma la lucha con la suer-
te cruel! Soy peregrino de amor: quiero
encontrar la paz en mi azarosa senda.

III

Amo á una mujer hermosa como el
sol, pura como la Virgen: ella me ama,

ella teje á mi amor coronas de consuelo. ¡Que yo pueda, mi Dios, hacerla feliz, iluminándola con la bendita luz de mi alma noble!

IV

¡Su boca es fresca! ¡Su boca es fresca como los perfumes de las mañanas estivales! ¡Su cuerpo es gallardo como las rosas de la umbria! ¡Sus ojos son misteriosos farales de santas luces que enseñan á adorar á Dios!

V

Es la mujer de la Escritura: es noble y altiva; es bella y seductora; es la enseñanza de amor y de paz que los benignos cielos enviaron al mundo; es dulce como la piedad. ¡Es blanca como las nieves!

VI

Nieves se llama... ¡Lágrimas del corazón! ¡Dulces querellas! ¡Soles que por Oriente asomáis como plegarias de

amor escritas en el cielo por misteriosas vírgenes! ¡Que la inocencia de su alma pueda mi puro amor embellecer, y que á mi lado sea la reina feliz de los amores!

Y al eco de la última estrofa, rugió el trueno y trepidó la inmensidad como si se levantase un solo clamor de aplauso surgido de las mismas entrañas de la madre tierra.







XVII

Yo acaricié sus ardientes manos con mis besos; yo la dije, estremeeciéndome de alegría:

Surgen de mi corazón pálidos fantasmas, acarician mi frente con sus cendales suavísimos, y ponen de este modo la calentura en mi cerebro, cantándome tristezas y contándome historias de amores: hace la calentura cerrar mis parpados con su peso de plomo. Pero cuando la frente inclino, agobiado

por la fatigosa tarea; cuando los pensamientos van en tropel golpeando sin piedad el cerebro, como la luz de la luna besa de noche el lago y hunde su rayo en el profundo seno de las aguas, así la luz de tus ojos, bendita y dulce, besa mi corazón y penetra en él y el caos ilumina; así la risa de tus labios, rescos á semejanza de las rosas que embellecen los búcaros de oro de tu salón, en mi cerebro entra y le baña en oleajes de paz. ¡Oh días bonancibles! ¡Oh mis amores santos! ¡Bendito seáis!

Suspiró Nieves y suspiré yo también. Vibró el rayo, se cerró la ventana... ¡Allá en el fondo de la inmensidad tenebrosa, por entre dos nubes hechas pedazos, asomó el lucero!



XVIII

ESTOY esperando que me avise para ir al castillo. ¡Cómo late mi corazón! Procuero distraerme y recorro los alrededores. Ya sabe Nieves dónde Antonia tendrá que ir para avisarme. Es al convento: un convento en ruinas que hay cerca de su casa.

Devorábame la impaciencia. Todo lo veía de una manera extraña. Eran unas nubes que flotaban delante de mis ojos, de un color éstas

y de otro aquéllas; los objetos iban tomando el tinte mismo del color de las nubes cuando al pasar los cubría como dosel de majestades. El bosque maravilloso que rodea el derruido convento parecíame todo de un matiz blanco, que se tacohonaba acá y acullá con grandes estrellas; grandes, sí, mucho más grandes que las del cielo. ¡Cómo me acordé entonces de la estrella divina de la tarde, la dulce protectora de nuestros amores! Me restregué los ojos no queriendo ver tales cosas, y mi sorpresa se hizo más profunda. Al abrirlos otra vez, vi allá, en el fondo de un muro desportillándose, algunos pequeños ventanales bajos. Asomé la cebeza maquinalmente y la retiré luego con horror: era un cripta húmeda,

pestilente, y allí, en la profunda lobreguez de aquél sótano, había muertos, muchos muertos. Pero, aunque yo me hubiese ido de allí, ¿qué importaba, si me bastó el segundo que estuve asomado para verlos todos? Yo nunca me asusté de los muertos, pero sí me dieron horror esta tarde. Los muertos que vi hoy no se parecen á los que he visto en otras ocasiones. Estas son momias gigantescas vestidas ostentosamente de rasos y de sederías. Tienen ricos mantos y lujosas pre-seas. Las melladas encías parecen grietas profundas de abismo; en el fondo de las huecas órbitas centellean gruesos diamantes, y el cráneo, lustroso, contrasta con el otro brillo de la seda, que señala con implacable ferocidad la escueta armazón

de la momia. Cuando me retiré un poco, me detuve á mi pesar: creí haber escuchado un coro de carcajadas en el fondo de la cripta, acompañándose este coro con música de crujir de huesos. Quise asomarme otra vez, porque me pareció que las momias bailaban, pero no lo hice: no tuve valor. ¡Dios mío! ¡La impaciencia, la angustia de no haber recibido todavía aviso ninguno de Nieves, hacíame concebir aquellas imágenes propias de la calentura!





XIV

QUISE animarme, quise fortalecerme, sentíme con rubor de mi propia debilidad, y me alejé de aquellos sitios. Entonces todo el cielo era de un color verde muy extraño: parecía ya una cúpula maravillosa que formó no sé quién con una sola esmeralda. Todas las rosas eran negras; el río que pasaba más abajo, rojo: parecía aquel un río de sangre. Sonó en aquel momento el esquiloncillo del cementerio y me

extremecí. ¿Quién pudo tocar aquella campana estando yo sólo y bien lejos de ella? Fué el aire sin duda, pero yo bajé precipitadamente los peldaños, como si alguna momia de la cripta corriera también detrás de mí.

Me tranquilicé cuando estuve abajo: era ya de noche; allá, en lo infinito, resplandecía un lucero, y las estrellas empezaban á salir, lentas y dulces, «como plegarias de amor escritas en los cielos por misteriosas vírgenes.»





XX

AQUEL lucero era mi fé: mientras yo le viese estaba tranquilo. Apenas ví el lucero sentí unos pasos. ¡Oh, placer! ¿Eran de Antonia? De Antonia, sí.

—¡Antonia!—dije.

—Yo soy,—me contestó en un sollozo.—Yo soy, la mujer del infortunio. Pero no soy yo: soy un alma triste. Cuando mi vieja carne se pudra, yo seré el alma en pena del castillo.

—¿Y Nieves?—pregunté en un grito supremo de angustia.

—¡Nieves ha muerto! ¡Nieves acaba de morir!

Yo no acabé de oirla: yo caí desmayado. Antonia reía y cantaba la dulce canción de las hojas que se caen..... y el lucero resplandecía en la inmensidad, y aquellas lágrimas de los ángeles seguían apareciendo lentamente.



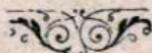


XXI

No sé cuánto tiempo estuve sin sentido. Cuando volví a la realidad era de noche todavía. Al abrir los ojos, con lo primero que tropezó mi mirada fué con la estrella de la tarde. ¡La diosa de mis amores! ¡La protectora de los ensueños felices de mi alma! Fuí malo, tuve un pensamiento de impiedad: maldije de aquel astro melancólico y dulce que alimentó en mi espíritu mil fantasmas de luz para que luego, de re-

pende, todas aquellas luces se extinguieran en el fondo del abismo. Allí estaba, siempre bello, siempre puro, como una sonrisa bienhechora; allí estaba como una bendición de paz..... Y Nieves, en tanto, la santa virgen á quien yo puse bajo su égida, dormía para siempre también en su ataud de plomo. ¡Oh sarcasmo! Si fuera verdad que los espíritus mantienen diálogos misteriosos con las estrellas, el espíritu mío traspasaría los espacios para llegar allí y envolver en sus tenebrosas iras aquella luz perenne del lucero de la tarde; aquella luz cuyas reverberaciones son espolazos que en mi corazón dolorido asesta no sé qué demonio de impiedad que zumba dentro de mí. Lo que primero pude contemplar fué la estrella; lo

que primero pude oír fué la canción de las hojas que se caen; aquella canción que Antonia siguió entonando en voz apagada, como un gemido sin fin.







XXII

PASÓ aquel instante de muerte: la vida volvió á mi corazón. Lance un grito cuando en realidad me di cuenta de todo, y pude sacar luego á la vieja nodriza algunas frases sin concierto, que me aclararon toda la tremenda verdad.

Durante mi ausencia enfermó Nieves: su enfermedad era del pecho. Comprendió que moría, y esto aumentó la dolencia, haciendo más rápido su desenlace. No me lo dijo

en sus cartas nunca por no angustiarme, por no aturdirme, por no volverme loco. Rezó siempre por mi y por que Dios le concediera la felicidad única que ya esperaba: la de hablar conmigo una vez antes de morir. Por otra parte, cuando supo mi vuelta, se aterró: sintióse con un profundo espanto al pensamiento de lo que por mí pasaría cuando supiese que ella estaba moribunda. Por eso fué su piadosa mentira para que yo no entrase en el castillo; por eso fué su afán de hablar conmigo de noche solamente; por eso me juraba que el amor de su padre hacia mí, era grande como siempre lo fué; por eso ¡Dios bendito!, la noche de nuestra primera entrevista, cuando en medio de la tormenta ardió el

relámpago y contemplé á su rápida luz el rostro de Nieves, me pareció su sonrisa la de una mártir, ¡me parecieron sus ojos los de una santa!





XXIII

TODO esto lo entendí por lo que Antonia habló entre sus profundos lamentos. Yo corría, y la dejé muy pronto atrás: yo corría en dirección del castillo, que contemplaba á lo lejos, resplandeciente, en la negrura de la noche, como si le rodease una gran hoguera. Aquel inmenso foco de luz, creía yo que bajaba del cielo. La naturaleza parecía muerta: no escuché otro ruido que el de mis pasos. El frío íbase apo-

derando de mi alma otra vez. Interrumpía todas mis facultades una inmensa pavora que se aumentó ante la idea de que me faltase aliento para llegar. Yo corría, yo corría incesantemente, y, por los extrabismos de mi calentura, parecióme que el castillo corría delante de mí como una inconmensurable constelación de fuego que iba arrasando toda la campiña. Detúveme un segundo para tomar aliento. ¡Qué mutismo! ¡Qué soledad! Volví la mirada aquí y allí. Nada pude ver: allá lejos, el castillo que se envolvía en misteriosas lumbres, como los fuegos fatuos de los cementerios; y cerca de mí, murmullos imperceptibles casi, como besos divinos de amor de las brisas que jugueteaban entre las yerbas y los juncos del remanso.

Pude llegar al castillo, y no sé explicar ahora las extrañas vicisitudes por que pasé antes. Pareció, durante un gran intervalo, que mi dolor se apaciguaba. Hubo un punto en que me creí extraño por completo á todo cuanto veía. Me encontré en el castillo, y entonces fué cuando sentí de nuevo mis crueles torturas, sin pensar para nada en otra cosa.

Pero con ser tan grande y todo mi dolor, no era suficiente para que mis ojos dejaran de observar unos detalles muy extraños: las puertas del castillo estaban abiertas y no encontré á nadie en él, absolutamente. Era una soledad pavorosa, mucho más triste, porque ninguna de las habitaciones parecía estar deshabitada. No sentía uno allí ese

frío extraño, esa atmósfera glacial que parece envolvernos en una habitación que abandonaron, no: en cada una de las habitaciones que yo iba recorriendo, creí sentir ese dulce calor del hogar y de la familia, ese vago perfume que el alma no se explica, pero que nos atrae y nos conmueve y suspiramos por él como por el abrazo de nuestra madre, como por el abrazo de nuestros hijos, como por la caricia casta de la noble mujer de nuestro amor.

Al principio avancé resuelto en dirección de las habitaciones de Nieves, porque conocía muy bien el interior de la vetusta casa; pero bien pronto el desaliento se apoderó de mí al comprender que estaba todo muy cambiado allí, donde yo estaba seguro de que todo sería igual siempre.

Me perdí en aquel laberinto de corredores, de que yo no hacía memoria. Todo el edificio estaba de otra manera que cuando yo me ausenté: en los techos había unas ensambladuras estrambóticas, y los muros habíanlos pintarrajado también de una manera particular. Aquello no parecía la casa de Nieves, de aquella Nieves dulce, uniforme, de intuición artística asombrosa y de exquisito gusto para su adorno y el de su vivienda: aquello era un fantástico laberinto que se exornó en sus muros y en sus techos con el extraño pincel de algún genio abortado de no sé qué mundo, que yo no pude presentir siquiera. Avancé á la ventura, paralizado el corazón, atónita y fija la mirada. Encontrárame aquí, de pronto, un arco es-

trecho como grieta de abismo, por lo tenebroso de su fondo; allá una cúpula achatada, teniendo que inclinarme para atravesar la habitación á que pertenecía; tragaluces, en un lado ú otro, por donde distinguí como con la luz del sol, aunque era de noche, un campo vastísimo de árboles tan corpulentos que mi vista, fatigada, no podía alcanzar á sus cimeras; y recuerdo con horror, que todos aquellos árboles tenían, en vez de hojas, alas negras de cuervos, y, en vez de frutos, cabezas de momias medio aplastadas como aquellas de la cripta del monasterio de las flores.





XXIV

HIRIÓ mi retina de pronto un resplandor muy fuerte. Salía de una de las habitaciones, poniendo un cuadro de luz delante de su puerta. Me aproximé temblando: presentía no sé qué horrible cosa. Otra vez iba mi cerebro poblándose de fantasmas, otra vez mi espíritu, que pareció muerto por un instante, aleteó fuertemente por el cielo sombrío de mi pena, ¡aquella pena cruel que me flagelaba por la muerte de Nieves!

¡Otra vez sentí la canción de lágrimas de las hojas que se caen! ¡Cielos piadosos! ¿Qué resplandor era aquel que salía de una de las habitaciones, poniendo un cuadro de luz en la puerta?

Me detuve: yo quería saberlo... y no entraba. Era un suncho de acero lo que allí me detenía. Una gran ventana abríase á mi lado, ¡una ventana árabe! Yo la recuerdo: á su columna central de mármol enroscábase una matita de yedra; abajo había un tiesto de rosas; arriba, en un huequecillo, una golondrina. Las rosas lloraban.



XXV

LA yedra preguntó á una rosa:
—¿Por qué lloráis?

—¡Porque ha muerto Nieves!—
respondió.—¡Ya no tenemos quien
nos cuide! ¡Vamos á morir tam-
bién!

La golondrina piaba: parecía su
piar una oración de llanto.

Y replicó la yedra:

—No lloréis, que la felicidad se os
prepara: vais á coronar su frente.
Yo soy la que debo llorar: ¡yo no

podré besarla! Vosotras besaréis su frente: ¡yo no!

Yo oí todo aquello, y corté las rosas y corté la yedra.

—No,—dije á la yedra;—tú también besarás su frente. Pero... dime ¿dónde está: dime dónde está la muerta de mi alma?

La yedra dijo:

—Ese resplandor que sale por la puerta, es el de los blandones que iluminan su féretro. Pero ¿me pondrás en su frente?

—Sí, te pondré.

Las rosas sonrieron, la yedra sonrió, la golondrina siguió piando, y la estrella de mi felicidad sonreía en el cielo aún como la yedra y como las rosas. ¡Yo era el que lloraba como la golondrina!



XXVI

ENTRÉ en la cámara mortuoria. Allí estaba ella en su ataúd blanco. Blanco era todo: sus vestidos, los paños que colgaban del muro, los que cubrían las baldosas; blancas eran sus manos, como las azucenas; blancos su rostro y su frente. ¿Qué me sucedía? Yo no temblé, yo no respiré; mis ojos estaban fijos, y mis pupilas, inmóviles, parecían dos gotas de plomo derretido que venían de mi cerebro.

Le cogí una mano. ¡Qué fría!
¡Cómo pesaba! Me pareció una ma-
no de piedra. Coroné su frente de
rosas y puse la matita de yedra en-
tre las rosas. Aquellas flores deja-
ron deslizar sobre la pálida sien las
gotas de rocío de que estaban aún
saturadas, como si llorasen de amor
por el espíritu puro. Los ojos de
Nieves estaban abiertos: fijábalos
en mí, y yo no podía apartar de ella
los míos; aquellos ojos á quienes yo
tantas veces acaricié, diciendo dul-
cemente:

.....
son negros y son lánguidos
cual soñó el afán mio;
y si lloran, sus lágrimas
son perlas de rocío
de las flores que bordan
la orilla del Genil.

¡Y lloraban, lloraban ahora también los ojos de mi muerta! Algunas gotas del rocío de las flores, se deslizaron hasta sus ojos y salieron de allí después, en lágrimas verdaderas, lágrimas de muerte, que me hicieron recordar una copla que me cantaba ella con su voz armoniosa:

Alma mía, yo te pido
que me beses cuando muera,
para que no esté en la caja
llorando después de muerta.

¿Lloraría por mi beso?
¡Me hiqué de rodillas y la besé!







XXVII

AL besarla miré su frente: allí quedé estático, ante los recuerdos que á mi corazón traía. Nadie, en muchas leguas alrededor del castillo, vió una frente de mujer como la suya; nadie, en la ciudad, la vió tampoco. La hermosura de Nieves era soberana; su atavío, espléndido; era Nieves la admiración de todos... y lo que se admiraba en ella, más que todo, sin embargo, era la sencillez. Pero había otra cosa

que era más bella, más pura, más grande, más hermosa aún que su misma sencillez: ¡era su frente!

Sentía yo temblar mis manos ardorosas en sus inmóviles manos de piedra; sentía yo vacilar mi cuerpo para caer allí, contra aquella caja de plomo, menos pesada que aquel mundo que iba aplastando mi pecho; sentía yo quemarme las mejillas al calor mismo de mis lágrimas, aquellas lágrimas que caían sobre su corona de flores, y no dejaba de contemplar aquella frente, mientras allá, de lo infinito, brotaba una música sobrenatural, y un coro de genios centelleantes como el oro y pálidos como las carnes de la muerta, iban danzando alrededor del cadáver y mio, y cantando en voz muy baja como para que la muerta no se despertase de su sueño eternal...

Y yo canté en voz muy baja también, como los genios que rodeaban el ataud:

Yo no sé qué simbólico
genio de luz riente,
pudo formar el cándido
poema de esa frente,
que tus rizos ocultan
como bello dosel.
¿Por qué tu frente célica,
de tan dulces hechizos,
en el misterio ocúltase
del bosque de tus rizos,
para que yo no pueda
sus alegrías ver?

Como el altar druidico,
del bosque venerado,
donde la virgen púdica
á Dios hubo adorado
en la tupida selva
su misterio ocultó,
asi tu frente escóndese
del sol á los destellos,
en la fronda odorifica

de esos finos cabellos,
que con rayos de luna
tejió una noche Amor.

Esos cabellos álzate,
mi amada, y no permitas
que nubes, aunque célicas,
las glorias infinitas
del nimbo de tu frente
pretendan ocultar;
de esa frente, que es áureo
trono de luz serena
donde flota un espíritu
cuya mirada buena
de piedades, induce
á sufrir y á rezar...





XXVIII

DETUVIÉRONSE de pronto los genios que cantaban, rodeando el ataúd; interrumpióse el canto, enmudecieron las liras del infinito, allá en el fondo rugió la tormenta, los blandones se apagaban, yo sentí que me cogían violentamente, volvíme hacia los que me cogieron... ¡Eran unos hombre srepulsivos, que venían por ella! ¡Iban á llevársela! Puedo decir que entonces me hice cargo por vez primera de mi desdicha. Se

abrasó de furor el alma, y toda mi sangre latió en las sienas.

—¡Aparta!—decían aquellos hombres.

—¡No! ¡No quiero!

—¡Aparta!—Y me cogían vigorosamente, echándome hacia atrás.

Luché con fuerzas de loco. Desprendíme de los sayones, caí á tierra y me herí la frente. La sangre, aquella sangre que latía en mi corazón con dolorosa furia, veló mi mirada y no podía ver á mi muerta: una cortina roja de fuego pareció separarnos. Limpié la sangre de mis ojos con sus hábitos níveos, y vi: la vi por última vez, allí, con sus dulces y pálidas facciones, con sus ojos negros, de mirada vidriosa, fijos en los míos; con sus manos cruzadas, con su corona de rosas en la fren

te... Lancé un grito destemplado y abracé á la muerta, abracé el ataúd. Latíame el cerebro como si en él se derrumbase una montaña de rocas, cayendo de allí para aplastar á mi espíritu. En una última ráfaga, pasaron por mi imaginación los recuerdos anteriores: «mi felicidad porque iba á ver á Nieves, mi marcha en el tren, y la estrella de la tarde que aparecía entre los alambres del telégrafo.» Creí que venía en el tren aún, pensando en la vida, en la juventud, en la galanura y en la grandeza de mi Nieves. Aquel estrepitoso ruido del rodaje del tren, teníalo yo entonces metido en el cerebro. De no sé dónde, surgió súbitamente un mundo de llamas el castillo se incendia, los hombres que iban por el cadáver, luchan conmi-

go por arrancármelo, me golpean, desfallezco.....—¡Nieves! ¡Nieves! ¡Adiós!—El castillo se estremece con gran balumba, empieza á derumbarse, cae con estruendo de mundos... Yo grito otra vez. Luego, nada.

Abro los ojos, silencio sepulcral—
abismo sin fin...

.





XXIX

PERO ¡Dios mío! ¡Es ya de día!
¡Una estación! ¡Vagones!
¡Gente que pasa y cruza con sus
equipajes! ¡Viajeros á quienes abra-
zan las familias que les esperaron!...
¡Jesús bendito! ¡Me dormí! ¡Soñé!...
¡Nieves! ¡Nieves de mi alma! ¡Está
allí, con su padre y con los míos!
¡Me espera! Corro, la miro, me
sonríe llorando de emoción... ¡Alzo
los ojos al cielo! La estrella ha
desaparecido, pero mi felicidad

está aquí. ¡Gracias, Dios de las misericordias!

Nos alejamos un poco de la estación: era el amanecer: el sol empezaba á salir dorando la campiña; miré entonces á Nieves con profunda atención: no era el amante quien la miraba: era el médico.

—¿Has estado enferma?—la pregunté. ¿Lo estás?

Ella no contestó, inclinó los ojos, y un vivo carmín cubrió sus mejillas.

—¡Pobre Nieves de mi alma....

—No,— exclamó interrumpiéndome,—cállate: ya estoy buena, has venido y es bastante, pero ¡tú no sabes Jacinto.... creí que me moría!

Ibamos subiendo lentamente las rampas que al castillo conducen.

—¿Estás cansada?—la pregunté.

—Sí, esperemos á que se reunan con nosotros.

Se sentó, me senté junto á ella, sobre una blanda alfombra de césped.

Cojí sus manos y me miró con suave docilidad de niña.

—¿Estás enfadada?—la pregunté.

—No, eso nunca, no lo pienses siquiera; te lo pido por Dios.

—Pero ¿y aquellas cartas que nunca me espliqué?

—Creía morirme sin tí, eso es todo, Jacinto.

—¡Ah, Nieves!

No pudo explicarse de otra manera y se echó á temblar.

Me estremecí de horror pensando que hubieran podido cumplirse mis vaticinios de que Dios me la arrebatase; para convencerme de

que todo fué una locura, la conté el sueño.

Me escuchó sin interrumpirme, sin asustarse, sin llorar, pero muy pálida: luego se replegó sobre mí blandamente, como si quisiera resguardarse de algun enemigo oculto, que la amenazara y exclamó á mi oído casi, como en un murmullo de besos.

—¡Lo que yo te decía, antes de que te fueses, Jacinto de mi alma! tu sueño fué castigo de Dios, pero Dios tuvo piedad y te hizo ver en sueños lo que pudo haber pasado realmente: ya ves como yo tenia razón; era un pecado muy grande, dejar el bien de tu alma por los bienes agenos, que ni del alma eran siquiera, hijo mío, sino bienes terrenales. Mira, oye; añadió mimosa-

mente, como para que le concediera algo que me iba á pedir. — Ahora que no nos ven, híncate de rodillas, aquí á mi lado; anda, niño; un instante no más... y daremos gracias, porque Dios no ha querido castigarte rigurosamente.

—¿Tendría razón? No lo sé, pero lo hice: estábamos de rodillas, cojidos de la mano: jamás me pareció tan bella como entonces; sus magníficos ojos humedecíanse de piadosas lágrimas; el noble busto agitábase suavemente con la dulce respiración; fué inclinándose la cabeza en su divino y blanco cuello de estatua, y de nuevo la sangre pareció bajo su piel el vago destellar de la tenue lucecilla roja, á través de finísima placa de alabastro.

Acabó de rezar, y yo besé, con-

movido, aquella frente de candores, con el fervor que un fanático besa la cruz: ella miró á un lado y á otro con vaguedad; permaneciámos de rodillas sobre la blanda alfombra de césped; á nuestros piés, un arroyo cantando muy bajito cierta historia de amor; un rosal á nuestra espalda, en cuyos ramages, oíanse cuchicheos de pájaros: acariciábanos un cefirillo, que iba y venía como corre-ve-y-dile, de las flores del arroyo y de las aves: distinguíanse allá, los murallones negros del castillo recortándose vigorosamente en el fondo gris, de la niebla del río, y un rayo de sol, rompiéndola de pronto, inundó á la dulce mujer amada en una aureola de santidad.

—Vió Nieves todo aquello, y yo la observé con profunda emoción;



suspiró con dulzura, como si aquel encanto le bañase el espíritu en una inmensa oleada de dicha, fijó en mi después su mirada serena, y la flor de su boca, se entreabrió entonces plácidamente, para decir:

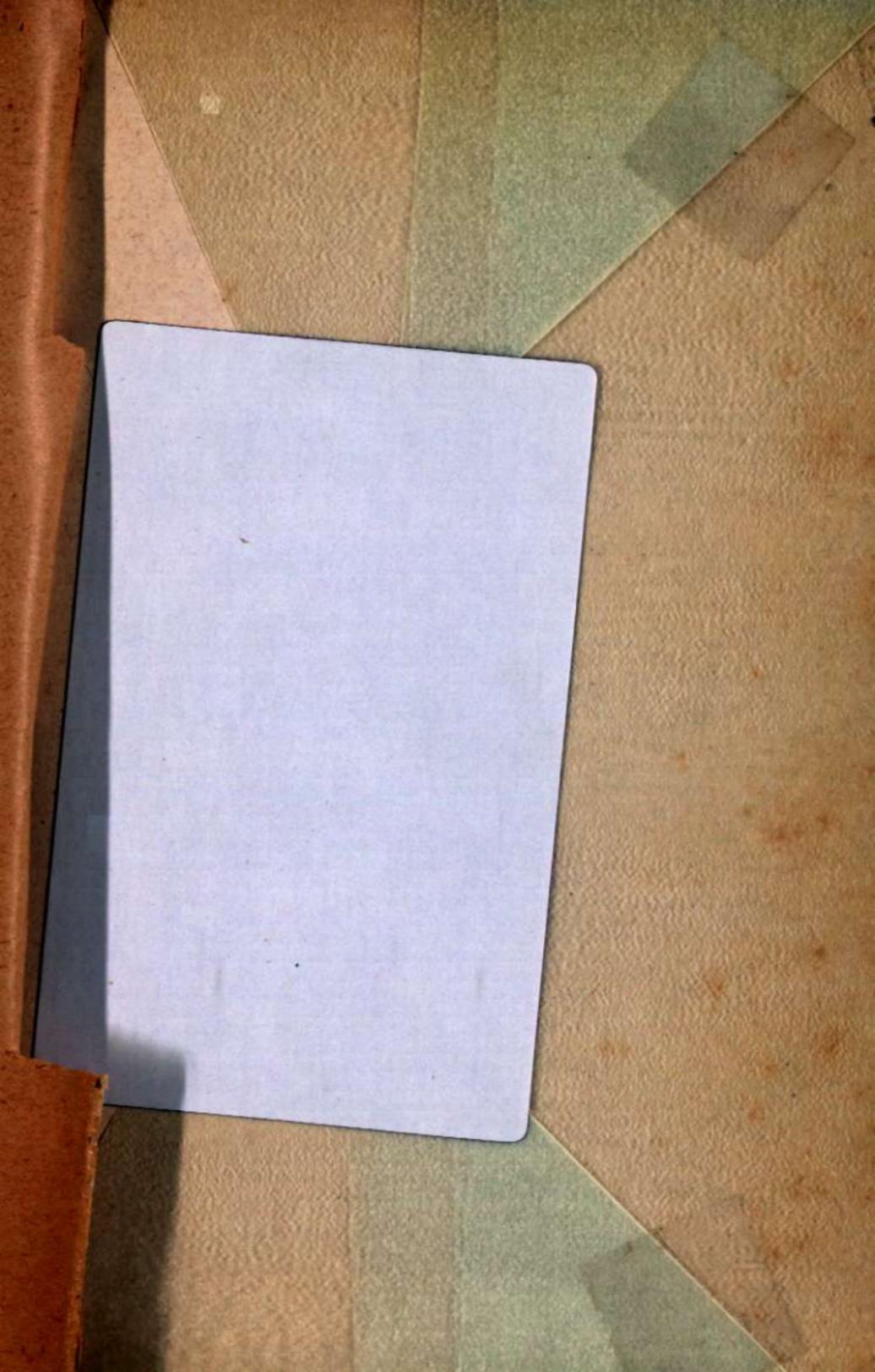
— ¡Esposo mío!

FIN

1800

19^{ed}

- Andaluçie
- Lit. ej. s. XIX
- Malaga



OBRAS DE MARTINEZ BARRIONUEVO

EL DECÁLOGO

AMAR A DIOS.	1.50	ptas
NO JURAR.	1.50	—
SANTIFICAR LAS FIESTAS.	1.50	—
HONRAR PADRE Y MADRE.	1.50	—
NO MATAR.	1.50	—
NO FORNICAR.	1.50	—
NO HURTAR.	1.50	—
EL FALSO TESTIMONIO.	1.50	—
LA MUJER AJENA.	1.50	—
LOS BIENES AJENOS.	1.50	—

LA CONDESITA.	2	ptas.
EL SEPULTURERO DE ALDOBA.	3	—
LA GENERALA.	3	—
LA QUINTAÑONES.	4	—
EL PADRE ETERNO.	4	—
SEÑORES DE SALDIVAR.	6	—
LOS GRANDES CRIMINALES, cuaderno semanal.	0.50	—
ANDALUCÍA, edición monumental con más de dos mil grabados de los primeros artistas españoles, cuaderno semanal.	1	—

Para publicarse:

DE PURA SANGRE

LA VIRGEN. (Historia de una muchacha de este siglo).—Editor: Lopez Falcon, Madrid.
CÓMICA Y MARTIR.—Editor: Lopez, Barcelona.
EL AHORCADO DE CUESTA BLANCA.—Editor: R Molinas, Barcelona.
MISERICORDIA.—Editor: Espasa y C. ^a Barcelona.